

CAPITULO V

PARA LA HISTORIA NATURAL DE LA MORAL

186. El sentimiento moral es hoy en Europa tan fino, sesudo, múltiple, refinado y delicado, cuanto joven, novicia y grosera es la «ciencia moral»: he aquí un contraste seductor que á veces se manifiesta en la persona misma del moralista.

Solamente el título «ciencia de la moral» es, con relación á lo que significa, demasiado presuntuoso y contrario al buen gusto, el cual prefiere las expresiones más modestas.

Deberían tener el valor de confesar que será necesario hacer por mucho tiempo aquello mismo que sólo de pasada se ha hecho; esto es, recoger materiales, reunir conceptos, coordinar todo un mundo de sentimientos delicados, de diferenciaciones de valor, las cuales viven, crecen, engendran y perecen, y tal vez, hacer inteligibles las formas sucesivas y más frecuentes de esta cristalización viva, como preparación á una *doctrina de los tipos* de la moral. Verdad es que hasta ahora no hubo tanta modestia.

Los filósofos, sin excepción, pretendieron siempre con una gravedad ridícula algo más elevado, más solemne. Tan pronto como comenzaban á ocuparse de la moral en cuanto ciencia, querían establecer sus fundamentos, y todos creyeron haberlo logrado; pero la moral en sí misma era temida por cosa «dada». ¡Cuán lejos estaba de su necio orgullo la empresa al

parecer insignificante de una simple descripción, que requería manos y sentidos mucho más delicados! Los filósofos de la moral no conocían los «hechos» morales, sino groseramente abreviados en algún compendio casuístico, por ejemplo, casos morales de su ambiente, de su clase, de su iglesia, de su clima, de su país, de su época. Y precisamente porque estaban mal informados y no procuraban informarse acerca de las naciones, de las épocas y de la historia de los tiempos pasados, no tuvieron jamás ocasión de hallarse cara á cara con los verdaderos problemas de la moral: los cuales resultan únicamente de la comparación de muchas *morales*. En la llamada «ciencia de la moral», faltaba precisamente, por extraño que parezca, el problema mismo de la moral, y ni siquiera se sospechaba la existencia de algo problemático.

Lo que los filósofos llamaban «*fundamento de la moral*» no era sino una forma docta de su buena fe en la moral de su respectiva época, una nueva manera de expresar esta fe, una encerrona dentro de una moral determinada, pero al fin y al cabo, una especie de negación de que tal moral pudiera concebirse como problema; en todo caso era lo contrario de un exámen, de un análisis, de una discusión, de una vivisección de aquella buena fe. Considérese con qué ingenuidad el mismo Schopenhauer nos presenta su tarea y nos ofrece demostraciones en una ciencia en la que los más recientes maestros balbucean todavía como niños: «El principio en que están conformes todos los moralistas es: *Neminem læde, imo omnes, quantum potes, juva*. Esta es propiamente la tesis que todos los moralistas trabajan por demostrar... el verdadero fundamento de la ética que como la piedra filosofal, es buscado de siglo en siglo.»

La dificultad de demostrar esta tesis es ciertamente grande. Y sabido es que Schopenhauer no tuvo éxito en esta empresa. Quien ha sentido profundamente cuán falsa, absurda y sentimental es semejante tesis en un mundo que tiene por esencia la voluntad del poder será bien que se acuerde que Schopenhauer, aunque pesimista, era sobre todo flautista... Todos los días, después de comer, tocaba la flauta. Léanse sus biógrafos. Y pregunto ahora: un pesimista, uno que reniega de Dios y del mundo, y que luego se detiene delante de la moral y afirma la existencia de la moral y toca la flauta á la moral *laede neminem*... ¿es este un pesimista?

187. Aun abstrayendo del valor de ciertas afirmaciones, como por ejemplo, de si existe en nosotros un «imperativo categórico», todavía podemos preguntar qué nos enseña tal afirmación acerca de la persona que afirma.

Hay moral que tiene por fin justificar á su autor en la opinión de los demás; otra el tranquilizarle y dejarle contento; en otra el autor quiere crucificarse, humillarse; otra sirve para la venganza; otra para el retiro; otra para la exaltación de su autor.

A veces la moral sirve á su autor para olvidar, ó para hacerse olvidar en todo ó en parte. Algunos moralistas querrian desfogar en la humanidad sus ambiciones y sus megalomanías. Otros, finalmente, entre los cuales Kant, dan á entender con su moral «lo que hay en mí de respetable es que sé obedecer y vosotros *debéis* hacer lo mismo.

En una palabra, la moral no es otra cosa que el lenguaje figurado de los afectos.

188. Al contrario del *dejad hacer*, toda moral es una especie de tiranía contra la «naturaleza» y también contra la «razón»; mas esto no puede servir todavía de objeción contra la misma, como no se invente otra moral que decrete tiránicamente ser ilícita toda tiranía.

El carácter esencial de toda moral es ejercer una larga coacción: para comprender al estoicismo, á Port-Royal y al puritanismo, basta recordar la coacción que hizo fuertes y libres á las lenguas, la coacción del metro, la tiranía de la rima y del ritmo. ¡Cuánto han debido sudar los poetas y los oradores de todos los pueblos!—incluso ciertos escritores de prosa de nuestros días que tienen oído delicado—y todo esto «por una necesidad», como dicen algunos imbéciles utilitarios que no quieren parecer personas sensatas, «por sujeción á leyes arbitrarias», como dicen los anárquicos, que en esto quieren demostrar su «libertad de espíritu».

Pero lo curioso es que todo lo que hay en la tierra de libertad, de finura, de osadía, de flexibilidad, la maestría en el pensar, en el gobernar, en el perorar ó persuadir y en el arte de las costumbres, se desarrolló precisamente á fuerza de «tiranía» y de «leyes arbitrarias»; y, hablando en serio, es harto probable que en esto consista la «naturaleza» y lo «natural», más bien que en el *dejad hacer*. Todo artista sabe cuán lejos está del *dejad hacer* el estado *natural* del espíritu en los momentos de inspiración, y cómo precisamente en éstos, él obedece á mil varias leyes que por su rigor y determinación se rien de toda formalización de conceptos (aun los conceptos más determinados resultan entonces confusos, interpretables en mil sentidos).

Lo esencial, así en la tierra como en el cielo, es obedecer á la larga, en el mismo sentido; de lo cual resulta, por fin, algo que nos hace soportable la vida, por ejemplo, la virtud, el arte, la música, la danza, la razón, la espiritualidad, algo transfigurante, refinado, loco y divino. La larga esclavitud del espíritu; la coacción de la desconfianza al comunicar nuestros pensamientos; el freno que se impone el pensador, de formular sus pensamientos según los cánones de la Iglesia, ó de las Cortes ó de las premisas aristotélicas; la constante voluntad de interpretar todos los hechos, según el esquema cristiano, y de descubrir la mano de Dios en todo acontecimiento casual; todo lo que hay en esto de violento, de arbitrario, de duro, de horrible, de irracional, fué el medio para que en el espíritu europeo se despertase su fuerza, su curiosidad osada, su fina agilidad, por más que en ello perdiera una cantidad irreparable de fuerza y de espíritu (la naturaleza es siempre pródiga y aristócrata). Si por milenios enteros trabajaron los pensadores europeos para demostrar (hoy sería sospechoso quien quisiera demostrar algo) una cosa que ya tenían por segura, pero que debía figurar como si fuese resultado de sus profundas meditaciones, á la manera que en otro tiempo acontecía en la astrología arcática, y á la manera que todavía hoy suele darse una interpretación cristiano-moral, «por la gloria de Dios y por la salvación de las almas», á las acciones más egoístas: aquella tiranía, aquella sujeción, aquella necesidad rigurosa y grandiosa, educaron el espíritu, y la esclavitud parece ser medio necesario de disciplina espiritual. Desde este punto de vista debe considerarse toda moral: la moral y la naturaleza hacen odioso el *dejad hacer*, la soberbia libertad, y crean la necesidad de

horizontes estrechos, de empresas á la mano que restringen la *perspectiva* y en cierto modo demuestran que la ignorancia es condición indispensable de la vida y de su desarrollo.

«Tú debes obedecer á quien quiera que sea, y por largo tiempo; de otro modo perecerás y perderás toda estimación de ti mismo.» Este me parece ser el imperativo moral de la naturaleza, el cual no es ni categórico, como pretendía el viejo Kant (de ahí él «*de otro modo*»), ni dirigido á cada individuo (á la naturaleza, ¿qué la importan los individuos?), sino á los pueblos, á las razas, á las clases, y sobre todo al animal que se llama «hombre».

189. Las razas trabajadoras sufren mucho al permanecer ociosas: fué un golpe maestro del instinto inglés el haber hecho tan consagrado el reposo y tan aburrido el domingo, que todos los ingleses, sin darse razón de ello, desean la vuelta de los días de trabajo: es una especie de *ayuno* sabiamente interpolado; y semejantes ejemplos no faltan en el mundo antiguo, y aun en los pueblos meridionales hay ayunos de varias especies. Es necesario y justo que los haya; dondequiera que predominan fuertes estímulos, deben cuidar los legisladores de interpolar ciertos días en los cuales dichos impulsos estén como encadenados y aprendan á conocer el hambre. Desde un punto de vista más elevado, cuando generaciones y épocas enteras se nos presentan inficionadas de algún fanatismo moral, semejan cuaresmas forzadas é interpoladas, en las cuales aprende á humillarse y sujetarse cierto impulso. Más al mismo tiempo se purifica y se afina. De este modo pueden interpretarse también algunas sectas filosóficas (por ejemplo, la estoica en me-

dio de una atmósfera impregnada de efluvios lascivos). Así también puede explicarse la paradoja de que precisamente en el periodo más cristiano de la Europa y bajo la opresión de los criterios cristianos, el instinto sexual se sublimó hasta resultar la pasión del amor.

190. Hay algo en la moral de Platón que no pertenece á Platón, sino que está allí á despecho suyo; quiero decir el «socratismo», para el cual Platón era demasiado aristócrata. «Nadie intenta hacerse daño á sí mismo; por eso, todo lo malo acontece involuntariamente. El que obra mal, se daña á sí mismo; no lo haría si supiese que lo malo es malo. Por consiguiente, el malo es malo por error; quitadle este error, y necesariamente se hará bueno.» Tal modo de argüir huele á *plebe*, la cual no ve sino las consecuencias del hecho, y juzga que «es cosa de necios el obrar mal», mientras que identifica al bien con lo «útil» y con lo «agradable». Todo utilitarismo tiene el mismo origen. Platón hizo cuanto en él estaba para adornar con una interpretación delicada y aristocrática la tesis de su maestro, y puso manos á la obra con todo empeño; recogió á Sócrates de la vía pública, como se recoge un animal curioso para describirlo, ó una canción popular para glosarla; es decir, que puso en él todos sus puntos de vista y su propia multiplicidad. Dicho sea por chanza, y con Homero: ¿Qué es el Sócrates de Platón, sino

Πρόσθε Πλάτων, ὄπισθε τε Πλάτων, μάσση τε χίμαιρα (1)?

191. El antiguo problema teológico de la «fe» y de

(1) Hay aquí un delicado juego de palabras. Quiere decir: Por delante Platón, por detrás Platón y por medio una quimera, ó también y por medio una cabra, aludiendo á la fea cara de Sócrates.—N. DEL T.

de la «ciencia», ó, más claro, del instinto y de la razón; la cuestión de saber si para juzgar el valor de las cosas merece mayor autoridad el instinto que la razón, la cual exige que se le estime y se obre según motivos, según *porqués*, según la oportunidad y la utilidad, es hoy el mismo problema moral que por vez primera se personificó en Sócrates, y que mucho antes del cristianismo dividía las opiniones. Sócrates, á decir verdad, cediendo á su propio ingenio (que era el de un dialéctico superior), habiase puesto bajo las banderas de la razón, porque, realmente, ¿qué cosa hizo él en toda su vida sino burlarse de la necia incapacidad de sus aristócratas *atenienses*, los cuales eran hombres distintos, como todos los aristócratas, y no se hallaban en el caso de explicarse los motivos de sus acciones?

Pero en su interior, también se reía de sí mismo; hallaba en sí, en el tú por tú de la propia conciencia, las mismas dificultades, la misma incapacidad. «¿Qué necesidad hay—se decía—de desarraigar los instintos? Ellos tienen sus derechos, como la razón los suyos; es necesario obedecerles y persuadir á la razón que les apoye.» En esto consistía la verdadera *doblez* de aquel grande irónico misterioso; acostumbró á la conciencia á una especie de voluntario error; en el fondo, él había visto, cuán irracional es el juicio moral.

Platón, más ingenuo y sin la astucia del plebeyo, quiso demostrar, con un esfuerzo hercúleo, que la razón y el instinto tienen la misma meta, el bien, «Dios». Todos los teólogos y filósofos después de Platón han ido por el mismo camino; de manera, que en las cosas de la moral quedó victorioso el instinto, ó como dicen los cristianos, la «fe», ó como digo yo, «el rebaño». Exceptúase Descartes, padre del racionalismo (y, por consiguiente, abuelo de la revolución), el cual no re-

conoció otra autoridad que la de la razón; pero la razón no es más que un instrumento, y Descartes era superficial. X

192. Quien haya seguido con atención la historia de una sola ciencia, hallará en su desarrollo el hilo conductor para comprender los procedimientos más antiguos y más comunes de toda «ciencia y conocimiento». Primeramente se aventuran hipótesis, ficciones, porque la voluntad está ansiosa de «creer» y le falta desconfianza y paciencia; nuestros sentidos muy tarde ó quizá nunca aprenden á ser órganos finos, fieles y circunspectos para conocer. Es más cómodo á nuestro ojo reproducir una imagen mil veces sentida que retener una nueva impresión; esto exige más fuerza, más «moralidad».

Oír algo por vez primera, es penoso y difícil al oído; raro es que nos guste una música nueva. Involuntariamente, cuando oímos hablar en un lenguaje para nosotros nuevo, tratamos de revestir los sonidos con palabras ya conocidas; así, al oír la palabra *arcubalista*, formó el alemán la palabra *armbrust* (1). Nuestros sentidos son enemigos de las novedades, y además en ellos predominan ciertos afectos, como el miedo, el amor, el odio y los afectos pasivos de la inercia. ¿Quién hoy día ve todas las palabras (y menos todas las sílabas) de una página impresa? De veinte palabras no lee más que cuatro ó cinco y adivina su relación con las demás, á la manera que vemos exactamente un árbol entero sin necesidad de mirar todas sus hojas; ¡nos es tan fácil imaginarnos un poco más ó menos de árbol!

(1) *Arm*, brazo.—*Brust*, pecho.—M. DEL T.

Y en todas las cosas procedemos así. En cuanto á los sucesos, los inventamos en gran parte. Esto significa, que desde los tiempos más remotos estamos acostumbrados á mentir. O que, dicho sea con frase jesuitica y dulce, somos más artistas de lo que parece. A veces, hablando con una persona, la fisonomía de ésta se reviste de una expresión tan precisa y determinada, según el pensamiento que forma, ó que yo creo haberla sugerido, que esta expresión sobrepasa mi fuerza visual; pero mi imaginación suple lo que á mi vista falta, y doy á aquella fisonomía una significación contraria de la que realmente tiene.

193. *Quidquid luce fuit, tenebris agit*; mas también viceversa. Lo que experimentamos en sueños frecuentemente, concluye por pertenecer á la economía de nuestra alma lo mismo que lo que se experimenta despierto; nuestros sueños nos enriquecen ó nos empobrecen; nos procuran una necesidad más ó menos, y concluimos por ser juguete de nuestros sueños, aun en los momentos más serenos de la vigilia.

Suponiendo que uno sueñe muchas veces que vuela, y que al soñar se valga de su fuerza y de su habilidad para volar, como de una prerrogativa propia, como de una fortuna especial y envidiable, y crea poder describir con un ligerísimo impulso toda especie de círculos y de ángulos, y conozca la sensación de una ligereza casi divina, la sensación de elevarse sin tensión de músculos, sin esfuerzos, y de descender sin la vil opresión de la gravedad, ¿cómo es posible que quien hizo tales experiencias en sueños y contrajo tales costumbres, no atribuya despierto un color y sentido muy diverso á la palabra «felicidad»? ¿Cómo no ha de desear una felicidad muy diferente? Hasta la

«elevación» de los poetas, en comparación de su «vuelo», debe parecerle algo demasiado terrestre, demasiado muscular, violentos «pesado».

194. La diversidad de los hombres se demuestra, no sólo en la diversidad de sus categorías de bienes deseables y en el desacuerdo acerca de su valor y de su clasificación, sino también y más principalmente en el valor que atribuyen á la propiedad y posesión de un bien determinado. Por lo que concierne á la mujer, un individuo modesto se contenta con disponer del cuerpo, y le parece bastante posesión el goce sexual. Otro, cuya sed de poseer es más suspicaz y exigente, reconoce cuánto hay de dudoso y aparente en tal posesión, y exige más finas pruebas; sobre todo, quiere saber, no sólo si la mujer se entrega á él, mas también si abandona por él todo lo que tiene ó lo que quisiera tener. Pero aún hay otro que exige ser conocido y amado tal cual es, y no por alguna apariencia falsa, y siente completa su posesión cuando la mujer le ama precisamente por sus instintos diabólicos y por su insaciabilidad, como le había amado por su bondad, por su virtud, por su inteligencia. Hay quien desea poseer un pueblo, y para este fin recurre á las artes de Cagliostro ó de Catilina. Pero otro, cuya ambición es más refinada, se dice á sí mismo: «no es lícito engañar cuando se quiere poseer»—y le molesta el pensar que no él, sino una máscara de él, es quien manda en el corazón de su pueblo;—«es, pues, necesario que yo me haga conocer, y ante todo que me conozca á á mi mismo».

En los hombres caritativos y benéficos se halla siempre la astucia de adaptar á sus deseos el individuo á quien socorren; se preguntan, por ejemplo, «si

merece ser socorrido, si se mostrará agradecido, afecto, sumiso». Así, disponen del necesitado, como si éste fuera cosa suya; en el fondo, pues, hácelos caritativos el deseo de poseer. Y se encuentran celosos cuando temen que otro se les adelante. Los padres tienden á formar sus hijos á su imagen y semejanza, y á esto llaman «educación». No hay madre cuyo corazón no esté persuadido de que el hijo le pertenece, y ningún padre renunciará al derecho de someterle á sus ideas y á su manera de ver. Hasta hubo un tiempo en que los padres disponían de la vida y muerte de sus hijos (como sucedía entre los antiguos germanos). Y lo mismo que el padre, también el maestro, la casta, el sacerdote, el príncipe, ven en cada hombre que nace una nueva ocasión de posesión natural. Por consiguiente...

195. Los judíos, pueblo «nacido para ser esclavo» como afirma Tácito y con él el mundo antiguo, «el pueblo escogido entre los pueblos» como ellos mismos creen, realizaron la maravillosa obra de «invertir los valores», merced á la cual, adquirió la tierra un nuevo atractivo muy peligroso: sus profetas confundieron en un mismo significado los términos «rico», «impío», «malo», «violento», «sensual», y á la palabra «mundo» atribuyeron un sentido de oprobio.

En tal inversión de valores (merced á la cual «pobre» es sinónimo de «santo» ó de «amigo») consiste la importancia del pueblo judío; con él se inicia la «insurrección de esclavos en la moral».

196. Vecinos al sol existen innumerables cuerpos oscuros que están aguardando la hora de ser manifestados á nuestra inteligencia; pero que nosotros, jamás